**Domingo XX del TO   
Ciclo C**

14 de agosto de 2022

Jer 38, 4-6.8-10

Sal 39

Heb 12, 1-4

Lc 12, 49-53  
*P. Eduardo Suanzes, msps*

Analicemos nuestra vida por un momento con unas simples preguntas.

* ¿Consideras que tu vida es apasionada o aburrida? ; ¿Es emocionante o tediosa?
* ¿Se asemeja más al fuego o al hielo?
* ¿Tiene significado o es insignificante?
* ¿Le sirve a alguien o cuando tú mueras no habrá tenido incidencia en nada ni en nadie?
* ¿Tienes una respuesta clara que te inunde de alegría cuando te preguntas para qué has nacido?

Jesús nos da su respuesta sobre sí mismo: “*He venido a prender fuego en el mundo, ¡y ojalá estuviera ya ardiendo!... ¿Pensáis que he venido a traer al mundo paz? No, sino división”.* Hoy nos toca, pues, hablar del fuego, de la paz y de la división.

¿De qué fuego nos habla Jesús? Nos habla del fuego que quiere meter en el corazón de toda persona que le escuche y le siga, porque sabe que una vida sin fuego, sin pasión… no es vida. Jesús vivió con fuego en su corazón, lo que le llevó a vivir una vida apasionada, intensa, con emoción. Un fuego que le brotaba de vivir y creerse aquello que estaba predicando. La vida que llevaba le causaba emoción. Lo suyo fue vivir el fuego de un amor apasionado a Dios y a todos nosotros. Tal fue su convicción de que lo que vivía merecía la pena que cuando le amenazaron de muerte si no cambiaba de conducta y dejaba de predicar lo que estaba predicando, prefirió, en medio de un fuerte sufrimiento, que lo matasen, antes de renunciar a su modo de vivir.

Nos podemos preguntar si una de las causas de la crisis del cristianismo, al menos en Occidente, no será que hemos rebajado la emoción de vivir la misma aventura de Jesús, la aventura de la amistad total con Dios y el amor total a nuestros hermanos. Se nos ha ido apagando ese amor apasionado que nos ha regalado Jesús y seguimos a Jesús sin emoción, con baja intensidad, sin radicalidad, calculando nuestros pasos y sin dejarnos llevar por la locura de su amor que lo entrega todo. A cuántos jóvenes de hoy les da miedo entregarse del todo y para siempre, sin condiciones, a Jesús porque la única expectativa que tienen es saber qué carrera les dejará más dinero para vivir una vida más cómoda.

No se puede vivir el amor con baja intensidad. Si es auténtico amor siempre se vivirá con profunda emoción. El Papa Francisco, como fruto de habernos pasado “al bando de Dios”, nos pide a todos que no nos quedemos en nuestras iglesias, que salgamos fuera a predicar la buena noticia del fuego, del amor apasionado que Dios nos tiene a todos nosotros… porque es la mejor manera de vivir una vida intensa y no lánguida y aburrida.

Otro punto. Jesús ¿ha venido a traernos paz o a traernos división? Él es el Príncipe de la paz, al que le oímos decir: “*mi paz les dejo, mi paz les doy*”, es el que proclama bienaventurados, dichosos, a los que trabajan por la paz… ¿cómo entender entonces sus palabras en el evangelio de hoy: “*Piensan que he venido a traer al mundo paz? No, sino división*”?.

Se trata de una invitación para “apasionarnos con el fuego del Espíritu”, para definir nuestro seguimiento de Jesús por encima de todas las cosas, de todas las relaciones, aunque tengas que cortar con lo más sagrado que es la relación familiar. La misericordia no es debilidad de carácter y expresión de voluntades débiles. La misericordia y la compasión consisten no en pasarlo todo como si fuera lo mismo 8 que 80. La misericordia compromete, la misericordia como ninguna otra cosa es parte de ese fuego que desea Jesús esté ardiendo y dando mucha vida. La paz de Jesús viene del compromiso serio y responsable de quien sabe tomar los grandes desafíos de nuestra sociedad.

Jesús no es neutral, tiene sus preferencias por algunos valores y muestra su rechazo profundo por ciertas actitudes. No le da lo mismo una cosa que otra.

Una persona así, con preferencias, crea división. Sin querer, se enfrenta a los que mantienen una postura distinta de la suya. Jesús crea división. Siempre estará en desacuerdo con los que dicen que no hay que amar, con los que dicen que no hay que perdonar, con los que no saben llorar cuando hay que llorar, con los que no son limpios de corazón, con los que no son honrados, con los que comenten cualquier tipo de injusticia con cualquier ser humano, desde un agresivo insulto hasta la muerte, con los egoístas, con los que sólo saben pensar en sí y nunca echan una mano a los demás… con los que afirman que todo vale y que da lo mismo un comportamiento que otro. Con todos estos, Jesús siempre estará en desacuerdo. Quien es de Jesús, acoge y vive todo lo de Jesús y rechaza y se aleja de todo lo que vaya en contra de Jesús, de vivir la amistad con Jesús.

Desde aquí entendemos bien las palabras del anciano Simeón dirigidas a María, que al referirse a su pequeño hijo Jesús dijo: “*Está puesto para caída y levantamiento de muchos en Israel y para signo de contradicción y una espada atravesará tu alma*”. A lo largo de la historia de la humanidad, Jesús ha sido y sigue siendo signo de contradicción, signo de división, muchos le hemos aceptado y muchos le han rechazado.

El autor de la carta a los Hebreos nos invita a “*dejar todo lo que nos estorba*” (¡Cuántas cosas que nos sobran llenarían los cestos de basura!) “*Librémonos del pecado*, sigue diciendo la carta a los Hebreos, que nos ata, *para correr con perseverancia la carrera que tenemos por delante, fija la mirada en Jesús, autor y consumador de nuestra fe*”.

Podría ser el propósito final de esta reflexión: “fijar la mirada en Jesús que vino a traer fuego a la tierra”.